

•La historia la hacen los hombres•

Joaquín Marco Sanz

“Mientras se mantenga el aspecto social vivo en el pueblo, lo demás es secundario”.
Octavio López (1932). Molinero jubilado, ex-alcalde de Monreal.

P.– Naciste y viviste durante años en Torrijo, ¿cómo se veía entonces a Monreal desde el pueblo vecino?

R.– Sí, yo no vine a vivir aquí hasta hace treinta y algunos años, pero con Monreal he tenido siempre mucho contacto, y venía a los bailes y al cine. Entonces, veníamos, no como ahora, por un camino que es carretera, sino por un camino que o tenía barro o tenía polvo; pero venía como uno más; la gente de Monreal me parece que siempre ha recibido bien a los de otros lugares. No es como otros lugares que han tenido más rencillas con los pueblos vecinos. Se vivía con penurias, pero se veía la unión de la gente.

P.– ¿Crees que sigue siendo así?

R.– El espíritu del pueblo se mantiene, y afortunadamente se mantiene esta amistad entre los vecinos, y cuando vas por la calle siempre saludas a alguien; y creo que si se mantiene este aspecto social vivo, lo demás es secundario; aunque también me parece que se han perdido bastante cosas como el respeto a los mayores.

Con la televisión se han perdido las reuniones de vecinos; pero es natural con las tecnologías modernas. Hay menos vida de pueblo; pero aún se conserva bastante, y aún se juntan los vecinos a la fresca. Siguen siendo ventajas de vivir en Monreal, que conoces a todo el mundo, estás siempre en la calle, y que no vives en un décimo piso sino que disfrutas de la naturaleza.

P.– Pero el cambio económico ha sido muy grande...

Es que la vida ha cambiado como de la noche al día. En mi generación hemos visto desde hacer las carreteras a mano y llevar la piedra con burros y serones, hasta las máquinas que hay ahora; así que no creo que las venideras lleguen a ver tantos cambios, pero lo que ha evolucionado es la forma de vida; de ir a la huerta a por patatas con el carretillo. Ya no hay distinción de clases, y todo el mundo dispone de suficiente para las cosas necesarias, y más. Antes, hasta los que decían que eran ricos, sólo era en apariencia y pasaban las mismas penurias que los demás, aunque tuvieran un poco más de tocino para el pan, eran más pobres que los de ahora.

P.– ¿Y cuándo se produjo ese cambio?

R.– Principalmente cuando se empezó a salir a Francia, y se traía un dinero que aquí era imposible de conseguir, porque no había trabajo, para comprar una casa o unas tierras. La gente ha sido muy trabajadora y ha ido a ganar un duro a Francia, a Mataró o a donde fuera.

P.– También ha influido sin duda el cambio político, que tú viviste como el primer alcalde democrático de Monreal, ¿cómo fue este periodo?

R.– En el Ayuntamiento estuve desde el 78 hasta el 82, y cuando entré la situación es que era de miseria, sólo hay que fijarse en que el presupuesto anual cuan-

do entré era de 7,5 millones de pesetas, y con eso había que pagar todos sueldos y todos gastos, y hacer todas obras. ¡Con que a ver qué milagro se podía hacer!

Pero bueno, se fue evolucionando; al año siguiente ya se tenían quince millones. Y aunque seguía siendo poco, hicimos las piscinas, dejamos iniciado el pabellón... unos servicios que quizá nunca se había soñado en conseguir. Había una instalación eléctrica deficiente, el agua también estaba regular y se construyó la copa nueva. Lo cierto es que todo el Ayuntamiento ha trabajado mucho, y si ahora Monreal no está mejor es porque no se puede. Tiene todos los servicios básicos y trabajo hay mucho, y, como una cosa arrastra a la otra, también hay servicios.

P.- ¿Entonces cómo valoras el momento actual del pueblo?

R.- Todos queremos que nuestros descendientes estudien, y claro eso es para irse de Monreal porque no hay puestos de trabajo en ese sentido; pero en el caso de los obreros, no creo que se vaya nadie porque se ganan buenos jornales aquí y además se tienen todos los servicios de cualquier sitio más la comodidad de vivir en un pueblo, y no en una capital... Los que dicen que buscan la comodidad en la capital, no saben lo que dicen.

Los vecinos creo que valoran el pueblo. Se han hecho muchos servicios: el instituto, la asociación de minusválidos... La gente está contenta con la dirección que ha tomado la vida en este pueblo; todo se puede ir mejorando, dentro de las posibilidades del Ayuntamiento, pero el futuro es optimista.

P.- ¿Crees que para seguir mejorando en todos estos aspectos va a ser buena la comarcalización?

R.- La comarca del Jiloca no está siendo beneficiosa para Monreal por la cuestión política, porque como es el único pueblo en el que tiene el gobierno, el PAR se ha llevado todo a Calamocha. En Monreal la Mancomunidad con once pueblos funcionaba muy bien, y daba servicios que no estaban en la de Calamocha.

P.- ¿Y podría ponerse en marcha alguna iniciativa nueva para mejorar los servicios o desarrollar la economía?

R.- Hace 30 años el que tenía cuatro hectáreas, mira que digo poco, con un corro de huerta y un cerdo ya no pasaba hambre; pero eso ya está superado, y el campo tiene muy poca rentabilidad en este terreno por el clima. Yo ya decía hace entonces que la agricultura no tiene que ser la base del pueblo, sino algo secundario a la industria.

Hay que dar todas las facilidades para que se instalen industrias, lo mismo grandes que pequeñas, para diversificar y no depender sólo de una.

En la agricultura, tenemos una cooperativa que sólo sirve, que desde luego no es poco, para comprar abonos y vender cebada; pero creo que se podría transformar en otra cosa. Yo siempre he pensado que debería utilizar la cebada para elaborar copos, que transforma la fibra y el ganado la aprovecha mucho más.

P.- Al hilo de lo que comentas, muchas veces se critica que la gente de Monreal no participa en iniciativas, ¿crees que es una crítica fundada?

R.- Sí, Monreal, cuando le da por participar en una cosa se vuelca, pero debería haber más participación. Falta implicación de la gente; sabemos mucho criticar lo

que está mal, pero se puede criticar sólo cuando se aportan soluciones. Los vecinos podíamos hacer muchas cosas para impulsar un poco el pueblo; podríamos ayudar desde algo tan simple como procurar tener las calles muy limpias.



La gente de Monreal ha tenido que emigrar pues no había trabajo en la localidad. Comida de hermandad de jornaleros en Francia, año 1955 (Foto fam. Melendez).

“Las mujeres estaban marginadas; los hombres se daban de más”.

M. Victoria García (1934). Comadrona jubilada.

P.– Viniste a Monreal para trabajar cómo comadrona desde Navarra, ¿qué es lo que más te llamó la atención en el pueblo?

R.– Me chocó ver como en los azafranes todo el mundo iba a esbrinar, y ver a chicos muy jóvenes trabajando de pastorcicos. La verdad es que el nivel económico era un poco más alto en mi pueblo; y aunque estaba la escuela de la Salle, que daba una buena cultura a los chicos, nadie salía a estudiar...

Pero lo que más me llamó la atención fue lo maja que era la gente, encantadora. La acogida fue de veras fantástica; quizá porque las mujeres estaban necesitadas de que las atendieran en esos momentos y había ganas de que se quedara una comadrona profesional, pero todo el mundo se portó muy bien conmigo. El Ayuntamiento nos pagaba por acto médico, 60 pesetas por parto, y cuando no había partos, no cobraba, así que en un pleno extraordinario se aprobó pagarme dos pesetas diarias.

P.– ¿Cómo era el trabajo en esa época?

R.– Entonces, hace ya casi cincuenta años, entre el pueblo y los de alrededor, y alguna gitana que paraba en el pueblo nacían 80 niños al año, hasta cinco en un

día, y todos los partos y abortos se hacían en casa. Pero el servicio sanitario estaba bastante bien en el pueblo; teníamos menos medios, sólo yodo y agua oxigenada, pero aquí se sacaban muelas, se operaba de anginas, había rayos X... y la gente confiaba mucho en los médicos, que éramos también sus confesores. La verdad es que todo ha cambiado mucho, hasta las enfermedades, como los carbuncos, que ahora han desaparecido.

P.- Ochenta nacimientos al año, es ahora una cifra inimaginable...

R.- Es que se desconocían por completo todos los métodos anticonceptivos, ni se hablaba de eso; no como ahora, que se ha pasado de no saber nada a saber de todo. Además, parecía que la carga de los embarazos era sólo de las mujeres, y se decía "ya está embarazada ésta o aquella", como si no la hubiera embarazado su marido; y al revés, si no tenía hijos, la culpa de la mujer. El número de hijos no era algo que se decidiera entre el matrimonio. La verdad es que los hombres se daban de más, hasta dejaban a su mujer sola en casa en el parto.

P.- ¿Ha cambiado mucho entonces la situación de las mujeres en el pueblo?

R.- Del todo, porque la verdad es que las mujeres estaban marginadas. Los domingos, los hombres iban a la cantina y se compraban una posta de bacalao; pero ellas se quedaban en casa. Parecía mal que la mujer trabajara, y tenía que estar en casa a hacer sus faenas, con sus cochinos y sus gallinicas... Y era una situación un poco morisca; si una mujer se tomaba una pequeña libertad, se decía que si habla así o así; si una chica festejaba años con un chico, y lo dejaba, ya no encontraba novio.

P.- A mí me parece un cambio incluso más importante que el económico, que es el que siempre se destaca.

R.- No sé, porque en Monreal ha habido un cambio gigantesco en todos los sentidos, aunque a mí me parece que la situación de la mujer también ha cambiado al introducirse en el trabajo y tener sus perricas; y con la televisión, el estudiar más, el salir a trabajar al extranjero...

Pero en la economía, y la forma de vivir, también ha sido tremendo. En la época que hablábamos, es que todo era muy justico, muy justico: las ropicas, escasas; los medios de comunicación, el tren o en carro; las calles sin asfaltar; y las casas, sin agua y con dos bombillas: una abajo y otra en el pasillo de arriba.

Y en el trabajo, los chicos iban poco a la escuela, y aunque el que iba con los hermanos de La Salle, sabía un poquito más, el Estado no se hacía cargo de la enseñanza como ahora, que hasta hay un instituto. Así que todo el mundo trabajaba en la agricultura, y no se tenía ni seguridad social. Y en estos últimos años, ya ha sido tremendo: ha desaparecido el azafrán, la remolacha, y agricultores profesionales habrá doce, y han venido estas empresas grandes.

P.- ¿No ha habido ningún cambio que haya sido para peor?

R.- En las casas, cuando íbamos yo o el médico, las vecinas se prestaban de una a otra la pastilla de jabón. Había necesidades, pero la gente se dejaba muchas cosas, compartía lo que tenía; que ahora estamos todos muy endiosados. Se cola-

boraba mucho en todo: Se pasaba a coser, se ayudaba; las casadas pasaban a casa de sus suegras, y ahora es al revés, que tenemos que ayudar los abuelos. Era una vida bastante mejor que ahora en las relaciones de familia.

P.– Se puede decir entonces que se ha perdido algo de lo que era la vida de pueblo.

R.– Sin duda; yo uno de los fallos que encuentro en Monreal es que no se han querido mantener las costumbres. No se celebra Santiago, que era la fiesta mayor, ni el Abajamiento, ni las procesiones, ni San Antón... Se haga lo que se haga la gente no sale, y no son fiestas vecinales, como antes, que la gente se reunía y se juntaban los viejos y los jóvenes.

Sólo hay que ver con respecto a los pueblos de alrededor, lo que se nota la diferencia en la devoción, en cuidar la ermita, en celebrar la fiesta de su Virgen.

P.– ¿Pero valorando todo, cómo ves la situación del pueblo y su futuro?

R.– Ahora se ve Monreal con un gran porvenir, pero no sólo por lo económico, sino también porque se nota cómo las madres se preocupan mucho de que sus hijos sean algo, que estudien. Si antes decíamos que las mujeres no trabajaban, ahora es al revés, que en las empresas se quedan los extranjeros y las madres.



Parecía mal que la mujer trabajara, y tenía que estar en casa a hacer sus faenas, con sus cochinos y sus gallinicas...

“Ahora lo que falta sobre todo es gente con ganas de trabajar”.

José Antonio Sánchez (1943). Propietario de la empresa cárnica La Monrealense.

P.– De las industrias que funcionan actualmente, la fábrica de embutidos de La Monrealense es la más antigua del pueblo, así que los cambios que se habrán experimentado en la manera de trabajar habrán sido totales...

R.– Sí, mi padre la abrió en 1947 o 48, primero con el nombre de Productos Cárnicos Turolenses; vino de Nogueras porque necesitaba agua para la fábrica. Entonces se iba la luz en cualquier momento; se hacía todo a mano: coger el cerdo con el gancho, remover la sangre... aún decía mi padre, “si las mujeres tienen el mes que no la toquen”.

Ahora toda la empresa, menos un cuarto, tiene sistema de frío; nos vienen a analizar semanalmente la pasta de salchichas, la temperatura, la limpieza...

P.– ¿Y los productos que se elaboran siguen siendo más o menos iguales o han cambiado las recetas porque la gente quiere otros sabores?

La longaniza que hacía mi padre sería ahora muy cara, limpiando a mano la carne para quitarle todos los nervios, cuando con una cuchilla puedes hacer lo que quieras; pero siempre hemos mantenido la calidad de las carnes; por ejemplo, nuestra longaniza lleva el 10% de los nitrificantes que se permiten por ley. Pero sí que ha habido algunos cambios; yo creo que la gente está perdiendo sabor y muchos hasta te piden jamones sin tocino, que es no saber nada del jamón.

P.– ¿Pero se conocen fuera y se valoran los productos cárnicos de Teruel, iniciativas como la Denominación de Origen del jamón o el sello de calidad para la longaniza?

R.– Cuando empecé a salir con el coche a vender, la gente no sabía ni dónde estaba Teruel, o me decían que la matrícula era de Tenerife; pero es cierto que la situación cambió cuando se creó la Denominación de Origen. Ahora han surgido otros problemas, pero es cierto que el Consejo Regulador del Jamón de Teruel ha trabajado mucho. Pero claro, se asocia el jamón con Teruel, pero el fuet con Cataluña; lo cierto es que hay que ofrecer calidad, pero sobre todo buen precio.

P.– ¿Entonces la industria agroalimentaria podría ser un sector que se desarrolle en el pueblo o en la comarca?

R.– Ya hace muchos años que vi un estudio que decía que las claves del futuro de Teruel eran tres: el turismo, la caza y las industrias agroalimentarias, y se está cumpliendo.

La verdad es que sobran fábricas; se ha metido gente aventurera; casi todos los carniceros te fabrican embutidos... Se podrían hacer cosas, pero que requieren una inversión muy importante. Por ejemplo, las grandes empresas están poniendo lo que se llaman salas blancas, que son salas de trabajo con unas temperaturas tan bajas, que los empleados sólo están dentro en turnos de diez minutos; pero así los loncheados duran quince o veinte días más. Y hay que potenciar también la especialización. Ahora por ejemplo, en Teruel hay una empresa que deshuesa los jamo-

nes a todos los secaderos. En vez de que cada uno tenga su maquinica, una fábrica especializada para todos.

P.– Muchas veces se dice que para impulsar industrias en los pueblos, o incluso más concretamente en nuestra zona, faltan o empresarios con iniciativa o apoyos, ¿alguna de estas críticas tiene al menos una parte de razón?

R.– Cuando me vine de Barcelona a hacer cargo del negocio, el director de la ESADE, la Escuela Superior de Administración y Dirección de Empresas, donde hice un máster, me decía que no viniera, que no tenía futuro; pero eso ha cambiado.

Sí que creo que también antes la gente se sacrificaba más y tenía más ganas de luchar, de superarse. Ahora, como hay más dinero en el bolsillo, ya no hay mentalidad de ahorrar, de estudiar; pero sigue habiendo gente y jóvenes que están poniendo en marcha sus negocios, y eso es algo estupendo.

En la Administración sí que veo falta de apoyo a los particulares, y mucho papeleo, que no hay en otras comunidades; pero también es verdad que el Ayuntamiento de Monreal está llevando bien el tema de los polígonos, y cualquier empresa que quiera se puede instalar mañana y se le dan facilidades.

P.– ¿Cuáles son entonces los problemas para una empresa en Monreal?

R.– Sobre todo los servicios técnicos. No hay especialistas cerca, para cualquier fallo en el sistema de frío o de gas.

Y ahora lo que falta sobre todo es gente con ganas de trabajar; así de claro. No hay gente, y están viniendo extranjeros que igual te fallan. Menos mal que en el pueblo hay mujeres, y muy trabajadoras; las mujeres de Monreal son de categoría.

P.– ¿Y cómo han afectado todos estos cambios a la vida en el pueblo?

R.– Mucha gente que se marchó, ahora se queda sorprendida de lo bien que se vive; y trabajo hay, que es lo más importante. La gente se iba, y ahora se puede ganar dinero y vivir bien, incluso mejor que en una ciudad.

A la vez, se ha perdido convivencia. La gente no se preocupa más que de ver televisión, pasear el coche... Ya he dicho que antes había más interés en mejorar; ahora, no se aprovechan las oportunidades que hay, y la cultura está abierta a todas las horas.

P.– Eso parece una crítica que se puede aplicar a cualquier otro lugar, y no sólo a Monreal.

R.– Aquí dejan vivir a todo el mundo como quiere; no hay la presión de otros pueblos cercanos de donde tienes que apuntarte o participar en sitios determinados por obligación. El fallo que lleva es que nadie colabora, la gente se desentiende de todo; se es independiente, pero también pasota.

P.– ¿Y qué se podría hacer para mejorar la situación del pueblo?

R.– Yo soy partidario de empresas de 50 o 60 trabajadores, mejor que de grandes empresas, porque si cierra una, no es una catástrofe; ¡ojalá hubiera una en cada pueblo del valle, no todo en Calamocha, ni en Monreal! Y lo fundamental sería una escuela de formación profesional, con ramas técnicas, para que la gente luego

tuviese trabajo aquí. Si pusieran una como la de los salesianos en La Almunia de Doña Godina, sería genial; en el futuro se vería un cambio, como de diez veces.

Y claro, traer más servicios, que es lo que la gente más demanda. El patronato de Nuestra Señora del Pilar se ha portado muy bien para facilitar terrenos para las nuevas construcciones, como la de la asociación de disminuidos, que es algo muy interesante.

También se podría mejorar el tráfico, que están pasando camiones que no pueden pasar y se aparca en cualquier lado... Se están haciendo obras y mejoras, se va construyendo; pero no sé si hay un plan de todas las actuaciones, o se funciona sobre la marcha.

P.- ¿Entonces pensando en los próximos años, el futuro del pueblo es optimista?

R.- Yo sólo temo que pueda haber algún conflicto según qué grupos de emigrantes haya y qué cantidad, porque algunos no quieren integrarse.



La tradicional matacía (año 1968) y el saber hacer de los monrealenses permitieron la insalación de varias industrias cárnicas. (Fotografía Familia Meléndez).

“La Asociación Jiloca fue el equivalente de la movida madrileña”.

Santiago Hernández (1951). Profesor de Ingeniería en la Universidad de Santiago de Compostela.

P.- ¿Qué es lo que más recuerdas de tu infancia en Monreal?

R.- Recuerdo sobre todo mucho frío, es la imagen que tengo más calada. Era una infancia feliz; pero tengo también muy clavadas las dificultades, y un medio físico

tan duro, que había que protegerse con pasamontañas para salir de casa. Yo recuerdo haber ido muchas veces al médico con gripes y resfriados.

Hay que tener en cuenta que en las casas no había calefacción, ni había agua corriente en las casas, que se puso en 1964 o 1965; y nos bañábamos en las cocinas, con un poco de agua calentada en la cocina de carbón. O la clase de gimnasia podía consistir en que el maestro decía “hasta la estación corriendo y volver”; no como ahora, que los chicos pueden salir a un pabellón cubierto con calefacción.

P.– Una imagen, en suma, de carencias...

R.– En los años cincuenta, Monreal era un pueblo eminentemente agrícola, y con una agricultura previa a la mecanización: se sembraba con el arado, se cosechaba con la hoz y el trillo... El nivel de vida era más bajo, pero es que toda España era un país realmente pobre, yo recuerdo claramente el proceso de compra de los primeros tractores en Monreal y ver pasar a muchos matrimonios por la carretera con un saco de azafrán en un carretillo, ahorrado de muchas cosechas, para venderlo y comprar el tractor.

P.– ¿Notaste entonces mucho cambio al salir del pueblo a estudiar?

R.– Antes íbamos todos los chicos iguales, con unos pantalones de pana y un jersey para todo el invierno, y teníamos pinta de niños de pueblo, sólo en el vestir. Había diferencias incluso con los chicos de una ciudad pequeña como Teruel.

El proceso de acercamiento, de similaridad, entre el mundo rural y el urbano comienza con la televisión; y fue total con el cambio de régimen político. De los años 60 a los 80, toda España dio un vuelco como un calcetín... Si alguien hubiera estado fuera esos años, vuelve y se piensa que se ha confundido de país.

P.– ¿Y en qué se ha traducido este cambio en el pueblo?

R.– Hay dos cosas fundamentales: la estructura económica y el equipamiento municipal. En los años 60, éste era un pueblo agrícola, con un par de industrias como las destilerías Franco y la fábrica de harinas. Y ahora somos un pueblo industrial y servicios, que es una transformación importantísima, con una economía más estable; y en cuanto al equipamiento, también se ha ganado mucho: que ahora los críos puedan hacer la enseñanza hasta la selectividad, es fundamental.

En Monreal hubo una generación de industriales que no tuvo continuidad con el cambio generacional. En los 80 hubo una situación incierta; pero con el matadero y PYRSA la cosa ha cambiado mucho.

P.– ¿Cómo ves entonces la situación de Monreal, de cara al futuro?

R.– El futuro de Monreal tiene que ser industrial y de servicios. De los cultivos tradicionales, han desaparecido el azafrán o la remolacha y sólo queda el cereal, que está subvencionado; así que el futuro no va a tener grandes cambios, y lo que hay que intentar es que se mantenga la industria, y en servicios conseguir abastecer la zona próxima.

P.– ¿Y qué zona sería ésta?

R.– Hace 25 años ya en la asociación Jiloca hablamos de un sistema de comarcalización, y que Monreal debía prepararse, porque se iban a concentrar los servi-

cios en las cabeceras. Ha sucedido así, y se ha perdido parte de esa batalla, porque los servicios han ido a Calamocha; pero Monreal tiene un área de influencia que debe atender, en la carretera hacia Madrid, desde Ojos Negros hasta los pueblos de Guadalajara. El Ayuntamiento debería intentar ser la población de referencia educativa, de mano de obra y servicios para esta zona.

P.– Has mencionado un tema en el que querría profundizar, ¿cómo surgió y que crees que aportó la asociación Jiloca?

R.– No puedo ser objetivo, porque soy uno de sus padres; pero sirvió para que la gente joven del pueblo pudiera hablar por vez primera de temas serios, lo mismo de cultura, que de cine, que de política; ahora que se habla tanto del ocio alternativo, fue un ejemplo. Y en segundo lugar, y sin pretenderlo, fue una primera experiencia para personas que luego han tenido cargos políticos o en la Universidad.

Creo que puede decirse que fue el equivalente a la movida madrileña. No tuvo continuación por la propia estabilización nacional y local, pero hizo que se abriese la biblioteca de Monreal, que estaba cerrada, o que se cambiasen industrias peligrosas desde el centro del pueblo; cosas que parecen hoy obvias.



Reclamo de la Asociación Jiloca insertado en el programa de fiestas de 1978.

P.– Como ingeniero, ¿cuál es tu opinión sobre la situación de Monreal y los proyectos de comunicaciones que se están planteando?

R.– El ferrocarril tiene poco uso porque no se supo acertar con los horarios, y el hecho real es que el automóvil ha cambiado los usos. Si se pone una línea de velocidad alta en Teruel, no creo que tenga gran influencia, porque es dudoso que tenga parada. Si puede ser importante la línea entre el País Vasco y Valencia; porque los trenes de mercancía seguro que pararían en Monreal.

Pero la autovía tiene que notarse porque es fundamental para atraer industrias; para la empresa, el tiempo de transporte y de distribución es todo. Con la autovía Mudéjar ya se dispondrían de buenas comunicaciones, aunque también se podría mejorar la carretera a Madrid.

P.– Ya hemos comentado antes, sobre las perspectivas de futuro, pero te parece que se podría aportar alguna idea nueva?

R.– Aunque pueda parecer utópico, algo que puede tener futuro en Monreal es el sector de la aviación, que va a despegar en España y ya tiene proyectos en Teruel. Las empresas aeronáuticas necesitan grandes terrenos llanos, cielos claros y un clima frío, porque el aire es menos denso; así que el clima de Monreal, del que hablábamos al principio, y que siempre ha sido un problema, aquí sería una ventaja.

“Todo lo que se ha conseguido en educación ha sido porque se le ha reclamado insistentemente a la administración”.

Miguel Ángel Morón (1953). Profesor de instituto.

P.– ¿Cómo ha cambiado Monreal desde que llegaste al pueblo?

R.– Yo estuve primero, desde el 73, diez años en la escuela de Pozuel, y Monreal era el pueblo grande, de referencia, donde todos nos queríamos colocar. Entonces estaban abiertas las minas de Ojos Negros y la azucarera de Santa Eulalia, con lo que los primeros años fueron como una catarsis cuando se cerraron y hubo un momento de cierta inquietud, una sensación de malestar general.

Desde entonces, se ha pasado de ser un pueblo agrícola de subsistencia y con poco más que algunos bares y tiendas, a una agricultura selectiva, con explotaciones ganaderas intensivas y estar volcado al sector industrial y de servicios. Eso se nota mucho, por ejemplo tener un sueldo cada mes hace que la gente gaste en casas, en coches... Seguramente no se tiene ese dinero, pero la gente se mete porque sabe lo que va a cobrar, mientras que la mentalidad de los agricultores es de guardar, porque no se sabe si la cosecha va a ser buena o mala. Y no sé si es bueno o malo, porque a nivel escolar estamos detectando comportamientos como colgar los estudios a los 16 años, que antes eran típicos de zonas como las cuencas mineras; la gente prefiere ganar dinero rápido, y eso es un error.

P.– También puede verse el aspecto positivo, de que ahora hay más oportunidades para que los jóvenes se queden en el pueblo.

R.– En Monreal hay incluso paro negativo, y en estos momentos hay más de 300 emigrantes, que, por encima de otras connotaciones, son una inyección de vitalidad; aunque a nivel escolar, que es el que conozco, está empezando a verse algún problema. En el instituto, hemos pasado de tener dos o tres emigrantes a 35, que ya es un 15% del total, y están surgiendo conflictos; que quizá surgirían igual, porque una bronca entre dos adolescentes es algo normal, pero si hay un inmigrante le da otras connotaciones. También se están formando clanes entre nacionalidades, que son difíciles de romper.

P.– ¿Cómo ha cambiado la educación en estos años?

R.– Cuando llegue en el año 82, teníamos un colegio de primaria con 15 profesores y 300 alumnos... Ahora tenemos el colegio, con una ratio aceptable; un instituto, con unas instalaciones modélicas, que oferta ESO, dos modalidades de bachillerato, y un ciclo formativo de grado medio; una extensión de la escuela de idiomas, la de adultos... No hay color, porque el cambio ha sido impresionante.

P.– El contar con un instituto es muy valorado por los vecinos, quizá porque fue una reclamación costosa...

R.– Para tener instituto hemos tenido que demostrar siempre que teníamos alumnos. Todo lo que se ha conseguido en educación ha sido porque se le ha reclamado insistentemente a la Administración, y porque se le ha demostrado que era viable. Desde que se pidió el centro de secundaria, hasta el reciente ciclo formativo de grado medio en Climatización: no se creían que iba a funcionar, y tenemos 24 alumnos, cuando otros están funcionando con cinco o seis.

Hay que agradecer al Ayuntamiento que ha apostado muy fuerte por el instituto, y ha subvencionado el transporte, ha adelantado dinero para las obras...

P.– ¿Ya se considera cubierta al máximo la oferta educativa en el pueblo?

R.– Ahora la meta es conseguir el ciclo superior, que implicaría un nuevo edificio, porque dentro de dos años, algunos de los que ahora estudian el ciclo medio querrá continuar. En Aragón sólo se puede estudiar en Zaragoza, y el tema del frío y del calor tiene mucha demanda en muchas empresas, y más cuando la gente empieza a ponerse aire acondicionado en casa... Las empresas que se dedican a esto, van como locas buscando a gente formada, y son unas enseñanzas que incluyen electrónica, soldadura... una formación muy buena para trabajar luego en otras cosas.

Tenemos que dar la paliza para conseguirlo, y así tendremos el abanico completo desde la guardería hasta la educación postobligatoria.

P.– El instituto recibe a chicos de otros pueblos ¿cómo ves la relación de Monreal con las localidades cercanas?

R.– Todo lo que se ha conseguido nos lo hemos ganado a pulso, y hay que estar agradecidos a la gente del pueblo y la zona de alrededor, por su apoyo, porque aún hay cierta mentalidad de no valorar lo que tenemos, de decir "si está en Monreal, no será muy bueno". Nos falta ser un poco más chauvinistas; pero padres de otros

pueblos, como Caminreal, han apostado por traer aquí a sus hijos, cuando el instituto no era seguro. Sin embargo, y eso a mí me duele mucho, todavía existe en la zona una imagen peor del instituto de Monreal, porque empezó como de FP, que el de Calamochoa.

Pero en general, creo que la relación con los pueblos vecinos es buena; creo que desde la Mancomunidad no se ha visto una imagen de Monreal como un pueblo acaparador de servicios... La comarca creo que ahora ha empeorado algún servicio, porque hay más pueblos que atender, y habría que poner más recursos.

P.- ¿Estos cambios de vida que nombramos antes cómo se han reflejado en los alumnos?

R.- Todavía tenemos la suerte de que en los pueblos sigue existiendo el pandilleo, el salir a jugar a la calle, el ir en bicicleta...; pero la gente cada vez se está metiendo más en su casa con televisión, la videoconsola e internet, y se está creando una forma de ser más pasiva. Creo que se trabaja menos, porque al haber más posibilidades de ocio, baja el esfuerzo. Se nota también que trabajan las madres, y los chicos están solos en casa.

P.- ¿Pero como valoración general, el momento actual de Monreal parece bueno?

R.- La situación es buena y Monreal va para arriba: Hay perspectivas de trabajo, y la población se fija. Desde que vine se ha mejorado mucho en la sanidad, en los servicios sociales, en los deportivos, hay una programación cultural muy digna todos los meses... Es lamentable que se anuncie una obra de teatro y vayamos diez, pero la oferta está, y es de agradecer.



Las viejas escuelas. Mucho ha mejorado la educación desde entonces y, hoy en día, existen las condiciones necesarias para seguir fomentándola.

P.– ¿Se podría señalar alguna carencia?

R.– Siempre hay algunas. Por ejemplo, en estos momentos el tema de la vivienda está bastante complicado, sobre todo para alquilar. Y a un nivel más concreto, me parece penosa la limpieza del pueblo, que da muy mala imagen. Aunque es cierto que el saco de las perras tiene el fondo muy cerca de la boca, y si se está apostando por otras cosas como el instituto, es un dinero que no se puede utilizar ya para asfaltar una calle.

P.– En resumen, que el futuro es esperanzador.

R.– Soy optimista y creo que Monreal tiene condiciones para subir. Las carencias como la vivienda son solucionables, y las bases económicas están puestas y una empresa llama a otra. Tenemos recursos para que la gente se sienta cómoda, y ya hemos superado problemas como los que supuso la autovía, que afectó a los bares y comercios, y después de acostumbrarse sólo queda recoger los frutos.

“Se está avanzando para que el azafrán no desaparezca del todo en el Jiloca”.

María Jesús Lorente (1954). Comerciante.

P.– ¿Cómo crees que ha ido cambiando Monreal desde que eras niña?

R.– Monreal ha subido mucho, pero no le veo gran cambio... Yo he vivido muy bien antes, y vivo muy bien ahora. Se ha ido a más, se ha construido mucho; se vive mejor, todo el mundo puede tener un capricho en un momento dado. Pero aunque ha cambiado el ritmo de vida, tampoco creo que fuera peor antes, ni tan distinto. Yo tuve una infancia feliz, hice los estudios que podía, he trabajado y he estado con la gente super a gusto... Siempre me he encontrado muy bien.

P.– ¿La idea es que por encima de los cambios se han mantenido las relaciones entre los vecinos?

R.– Antes estábamos más en las casas, y ahora se vive más cerrado y se nota que las mujeres tienen todas sus trabajos; se va a ratos más dispares a estar juntas. No están las casas siempre abiertas, como antes; y a lo mejor pasas días sin ver a los vecinos; pero cuando te hace falta algo, ahí estamos.

Sí que es verdad que cuando era pequeña, había una fiesta, una boda y muchos hombres echaban sus jotas, se bailaba, te lo pasabas en grande; ahora se va contenta, se acompaña, pero no es lo mismo... Quizá porque antes eran ocasiones muy puntuales, y ahora cualquier fin de semana puedes irte de viaje, no hay esa ilusión especial.

P.– Con todo, me parece que han cambiado muchos aspectos de lo que era la vida de todos los vecinos, desde los niños a los ancianos.

R.– Eramos más correcales que ahora todos, de más juegos de movimiento que me parece mejor que el ordenador y la “play station”; yo me iba de punta a punta del pueblo... Recuerdo los ríos que había tan buenos, la naturaleza, que a mí me encantaba. No cambiaba esos recuerdos por los de ahora, pero a cada época uno se adapta y vive bien de una manera. Ahora, se tienen muchos más recursos; ¡ya me



hubiera gustado a mi poder ir a los viajes y los intercambios que se organizan, que ya desde pequeños los chicos saben por dónde ir!

Y antes la mujer sólo era ama de casa, y ayudaba en la agricultura ; ahora trabaja y eso ha generado más residencias para los ancianos. La mujer se ha implicado mucho no sólo en el trabajo, sino en asociaciones. Cuando empezamos la asociación de comerciantes, si estábamos ocho en la junta, creo que había seis mujeres y dos hombres; y en la escuela o en la música igual; la mujer se ha introducido bastante.

P.– Una queja común es que falta gente dispuesta a participar en actividades por el pueblo.

Entre mi marido y yo, creo que hemos estado en todas las asociaciones que ha habido en el pueblo, menos la de la tercera edad; pero sí que es verdad que cuesta. Cuando hay reuniones, siempre van los mismos, es verdad que nos falta ser un poco más activos. Yo lo achaco a que después del trabajo y los fines de semana, la gente sólo quiere relajarse.

Siempre se está con la gente justa, o hay que echarlo a sorteo; pero entonces el que le toca sí que colabora y trabaja lo que le toca.

P.– Como propietaria de uno, ¿cómo ves que ha ido evolucionando el sector del comercio?

R.– No digo que haya cambiado a peor ni a mejor; pero sí es diferente. Antes si te hacían falta unos zapatos o unos pantalones, se compraban casi siempre en la localidad; ahora con las comunicaciones, los coches, las grandes superficies... los clientes vienen a por este pantalón o esta camiseta en concreto, y hay que tenerlo. Antes si te quedaban prendas sueltas, hacías una liquidación; ahora se puede vender algo en rebajas, pero nadie compra algo que de veras no le guste y vaya a llevar.

P.– Antes has mencionado la asociación de comerciantes local, ¿qué se está haciendo desde ella?

R.– Se han hecho estudios de comercio en el pueblo, cursillos, se han concedido subvenciones para mejoras... Se miró el proyecto de hacer una superficie comercial en el polígono, pero ahora está un poco dejado. Lo que pasa es que faltan asociados, sobre todo de otros gremios, porque lo que más hay son comercios, y la asociación es de comerciantes y empresarios del Jiloca. Si hubiera más talleres, constructores... se podrían hacer más actividades, mirar más cosas.

P.– También por el negocio familiar, quería preguntar cuál es la situación actual del cultivo del azafrán.

R.– Con todos los campos violetas que se veían en la época de la rosa, y ahora sólo quedan unos pocos agricultores en la zona del Jiloca que lo mantienen. Y es el mejor del mundo: en el año 2002, en Turín, fuimos a una feria de productos alimentarios que se llama el Salón del Gusto, y en una muestra de azafranes de todo el mundo, ganó a todos.

A raíz de eso, el Gobierno de Aragón pensó en que había que conservarlo, y vamos pasito a pasito con una asociación de productores, para que al menos no desaparezca. La gente se está interesando por el azafrán. En las ferias, nos han preguntado para qué sirve; pero se va conociendo más, y sí se vincula al nombre de Monreal.

P.– ¿Entonces crees que podría volver a crecer este cultivo?

R.– Los hijos se fueron de casa para trabajar fuera, y al principio aún venían los días de esbrinar; pero se va dejando, bajó el precio... Duró hasta que los padres llegaron al límite, porque se han hecho experimentos para mecanizar la recogida, que haya más de una cosecha al año, pero parece que no han funcionado. Ahora sólo hay agricultores para que se mantenga el azafrán del Jiloca; son jóvenes, y están interesados, y desde el Gobierno se está apoyando, se ha preparado un sello de calidad; o a los comisarios de la Expo, se les regaló azafrán. La idea es que no se pierda del todo.

P.– ¿Entonces, cómo valoras el momento actual de Monreal?

R.– Posiblemente ahora lo único que falta es personas para los puestos de trabajo; así que para abajo, seguro que no va, y el pueblo tiene un futuro bueno. Se han ido poniendo el instituto, la escuela de música, cuando antes se salía a estudiar con catorce años. Hay actividades para todo el año; pero muchas no salen porque no hay gente. En la banda sí, pero no sale gente para que haya un grupo de baile regional o de teatro...

P.– ¿Y qué crees que se podría hacer para mejorar el pueblo?

Yo comprendo que a primera vista, Monreal no es un pueblo bonito, pero se podrían hacer cosas para que tenga un mejor aspecto; rehabilitar la huerta de San Juan, la casa de los Puertolas... Yo siento mucho que se hayan perdido edificios como la fábrica de licores, la de harinas y el molino; pero es verdad que ahora se está avanzando poco a poco, y la plaza del Recogedero o la de San Antonio, se han quedado bien.

También me parece que hace falta un local para actuaciones, que es una reclamación de hace muchos años.



Con todos los campos violetas que se veían en la época de la rosa, y ahora sólo quedan unos pocos agricultores en la zona del Jiloca que lo mantienen...

“En Monreal falta movimiento cultural”.

Raquel Lucas (1965). Técnico comarcal de deportes.

P.– ¿Cómo ves la situación actual del pueblo?

R.– Por suerte, ahora mucha gente que se está quedando en Monreal es porque quiere; ahora no hay apenas paro en Monreal, ni siquiera femenino, y el que quiere trabaja, siempre que no busque algo a la carta; en cuanto al trabajo especializado es más complicado, pero cada vez hay más posibilidades también en este campo. Y como la gente se queda porque lo prefiere, y no por obligación, echa raíces. Al menos en los pueblos del corredor del Jiloca, es importante que los pueblos del corredor se mantengan por que crean servicios que facilitan la permanencia de otros municipios más pequeños.

P.– Un empleo que ha cambiado mucho, porque ya no es la agricultura...

R.– Claro, si antes en cada clase había tres niños que no tenían campo, ahora es al revés; y a nivel comercial tampoco acaba de despegar; no hemos sido capaces de dar esa imagen de comercio especializado hacia fuera; aunque el comercio también esta cambiando y creciendo, pero el futuro tiene que ser industrial.

No quiero dejar de lado la agricultura, pero por desgracia con la poca iniciativa que nos caracteriza en esta zona no se está intentando aprovecharla. Yo no sé si será una idea descabellada, pero se podría aprovechar la huerta, con invernaderos, y trabajar la comercialización; no sé, la agricultura lleva muchos años pensando en una alternativa pero no hay nada que termine de cuajar y cada vez el trabajo del campo es más complicado. No obstante se busca más tener tu puesto de trabajo y hacer tus ocho horas, así que lo que se necesita es un polígono industrial y que vengan o se creen empresas, mejor que no sean muy grandes, para que la estabilidad laboral sea mayor.

P.– ¿Y en cuanto a los servicios, a las comunicaciones?

R.– Hemos tenido mucha suerte en que se hayan hecho un montón de obras de infraestructura para la localidad; posiblemente se podían haber conseguido más, pero haber conseguido logros como el instituto de secundaria, no se podrá agradecer bastante; o la residencia. Yo sólo echo a faltar un local cultural, para cine o teatro.

En cuanto a la autovía tiene que acabarse cuanto antes. El que se quiera marchar, se irá igual si hay una carretera; pero para los que vivimos aquí, con una autovía, Monreal está a media hora de Teruel, a una hora de Zaragoza, a hora y media de Valencia... Eso te da unas posibilidades de aprovechar opciones de cultura, de ocio... Por ejemplo, estar a una hora del auditorio de Zaragoza, es menos de lo que cuesta ir desde algunos barrios de la ciudad.

P.– ¿La falta de una oferta cultural sería entonces una de las carencias de Monreal?

R.– Sí, falta movimiento cultural.; y no digo de hacer una semana cultural, que está volviendo en muchos pueblos, porque concentrar demasiado, en cuatro días tampoco es bueno, es mejor tener un buen programa de actividades a lo largo de todo el año. Es más: sin concentrar todo en el fin de semana. Quizás si no se esta haciendo es porque no lo

estamos demandando, y ante la carencia cultural, preferimos buscarla fuera de nuestra localidad pero sería interesante conseguir afianzar más actividades culturales

P.– ¿Crees que la puesta en marcha de la Comarca va a ayudar en esta dirección?

R.– La Comarca se ha hecho de una manera muy artificial, y no existe sentimiento comarcal. Creo que todavía va a tener que pasar un tiempo hasta que la actitud sea comarcal y no local y que para que esto cambie pasa por tener que hacer un esfuerzo por parte de todos. Para facilitar esto sería interesante que todas las actividades no se centralicen en las localidades más grandes, ni en Monreal, ni en Calamocha, esto quizás allanaría más el problema. En cuanto a que si con la Comarca, la actividad cultural se va a promocionar más, espero que sí, pero se está comenzando con todos los servicios y concretamente el cultural hay que comenzar de cero, pues no hay ninguna estructura anterior por lo que no me atrevo a profetizar.

P.– ¿Y volviendo al pueblo, qué crees que es lo que más ha cambiado más en el pueblo con estas transformaciones que hemos mencionado?

R.– Ha cambiado el pueblo en sí; recuerdo de niña toda la zona de la huerta de San Juan, como muy verde y con árboles, que es algo que ahora se echa de menos. Aunque una cosa que me alegra es que el “boom” de construir pisos, en Monreal casi no se dio, y se mantienen las casas unifamiliares... que en las fiestas dan mucho de sí para la charanga.

Lo que siento es que se están perdiendo fiestas como las de San Antón en las que había mucha participación local, que la gente las tomaba como cosa suya; que aunque se siguen manteniendo, han cambiado mucho: antes era como muy sagrado celebrarlas, y nadie tenía ningún problema en trasnochar un poco más, y se juntaban todos los vecinos por barrios. Ahora, hay tanto gente que pasa, como gente que no quiere que se pierdan, pero se celebran más los fines de semana y en vez de hacerse por calles en algunos casos, se juntan los grupos de amigos, perdiéndose, ese entrelazado social que es tan importante mantener.

P.– ¿Ves entonces que hay al menos una parte de verdad en la imagen de los valores de pueblo que se están perdiendo?

R.– Estos valores no se están perdiendo del todo, pero sí un poco y cada vez nos estamos volviendo más individualistas: todos tenemos en casa más comodidades, y vamos más a la nuestra. Por un lado estamos tomando muchas cosas de la ciudad, valorando más el ser más independientes y con menos control social. Pero por otro, una de las cosas que te da alegría del pueblo es que toda la gente te conoce, sales a la calle y cada dos pasos saludas al que te encuentras; y si en un momento dado tienes un apuro, sabes que tienes a alguien que te va a echar una mano.

Aunque hay que ser realista y adaptarse a que todo cambia. Está claro que si trabajas en turno de noche, pues ya no puedes celebrar San Antón como antes.

P.– Has hecho varios comentarios sobre lo que podríamos llamar la apatía de la gente, ¿crees que ese es un rasgo de Monreal, como se oye a veces?

R.– Por un lado está la imagen de que en Monreal hay mucha iniciativa, se hacen muchas cosas; y por otro lado un pueblo un poco muerto; pero sólo hay que ver que

la gente que está en el Ayuntamiento ha cambiado muy poco desde las primeras elecciones. Gente luchadora, con ganas de mover cosas, hay muy poca. Aquí en Monreal está todo muy paralizado, y si al final sale alguna actividad asociativa no es con la idea de trabajar para el entorno sino más bien por una idea común, un deporte que te gusta, una actividad concreta... pero más como satisfacción personal, más que comunitaria... Está muy bien que asociaciones como las amas de casa se organicen cursillos, y ojalá haya más movimientos de este tipo; pero falta mirar más por nuestro pueblo. Hay poca iniciativa y lo que hay está saliendo desde el Ayuntamiento, que no me parece que sea del todo bueno. El movimiento asociativo no debería de perderse y sobre todo la iniciativa social desde la gente, no desde las instituciones.



El deporte ha estado reservado siempre para los hombres. Hoy en día la situación ha cambiado, pudiendo participar toda la población. Equipo de fútbol de Monreal en 1950 (Digital 2000).

“Se está dando generando empleo femenino, que es el que realmente fija la población en el territorio”.

Ana Fogued (1969). Economista.

P.– Tú naciste y viviste en Las Minas de Ojos Negros, ¿qué imagen te parece que se tenía de Monreal en tu pueblo?

R.– Monreal era un poco la cabecera de la Comarca; el nudo de comunicación, donde se venía a coger el autobús o el tren; también se bajaba a la discoteca... La verdad es que en Las Minas teníamos bastantes servicios, y la relación era más de trabajo, de gente que trabajaba en las minas, que por venir a los comercios. La relación con Monreal como centro de la Comarca se empezó a notar cuando cerraron la explotación minera y gran parte de los servicios que teníamos desaparecieron.

P.– ¿Y cómo fue el contacto, cuando ya comenzaste a vivir aquí?

R.– En un pueblo más pequeño, como Sierra Menera, los grupos son más reducidos y reciben mejor a gente nueva. Esto hace que percibas la relación de las personas que vienen de fuera con la juventud de Monreal de otra manera, y parece que cueste más integrarse. En mi caso no fue muy costoso, al principio se te hace un poco difícil el cambio, como en todos los sitios, pero en general, aquí hay buen ambiente entre la gente.

P.– ¿Crees que en eso es diferente Monreal a otros pueblos vecinos, como el tuyo?

R.– No se pueden comparar; es ya otro estilo de vida. El resto de pueblos son sólo agrícolas y están perdiendo población; en Las Minas ya no hay ni escuela, mientras que en Monreal tienes todos los servicios.

P.– ¿Qué diferencias ves entonces respecto a vivir en la ciudad?

R.– Es cierto que el pueblo te limita un poco, sobre todo en el terreno cultural y de ocio. No hay cines y teatros o librerías especializadas; o zonas de bares, si sales. Pero por otra parte, tiene la ventaja de la tranquilidad, te evitas prisas y atascos, aglomeraciones, no dependes del coche para ir a la mayoría de los sitios... Al final tienes casi de todo, y no hay diferencias de calidad de vida; puedes echar en falta algún servicio, como una óptica, pero no es que se esté a disgusto, simplemente te adaptas.

P.– Como madre de dos niños pequeños, supongo que una de las cosas que más se valora es las posibilidades que hay para los hijos, y puede parecer que en la ciudad son mayores.

R.– Es algo que se piensa; pero en Monreal la oferta educativa está cubierta hasta bachillerato, hay pediatra en el centro de salud, el hospital de Teruel está a un paso, y con la autovía vamos a tener una situación privilegiada.

Yo sobre todo lo que echo en falta es un parque; un parque en buenas condiciones, céntrico, con columpios y bancos, porque si no te vas a Los Ojos, no lo tienes. También es necesario mejorar la guardería, porque aunque se va a construir un nuevo edificio, ya tiene más solicitudes que plazas.

P.– La verdad es que parece que, fuera del trabajo, hay más opciones para los hijos que para los padres...

R.– Sí, son más escasos. Quizá porque, aunque eso está cambiando, los matrimonios no somos muchos, o porque, al menos en mi caso, cuidar de los niños ya no te deja mucho tiempo libre.

P.– ¿Cómo ves la situación económica de Monreal?

R.– Ha cambiado mucho porque como en toda la provincia, la agricultura está especializada en cultivos de cereales y otros productos de baja rentabilidad y excedentarios que están amenazados por la reforma de la PAC, pero se han instalado empresas como Los González o como PYRSA, que es la fundición de acero más grande de toda España. A raíz de esto los servicios se están incrementando, la construcción está en auge...

Existe el riesgo, de cara al futuro, de que la actividad económica se concentre en muy pocas empresas; pero de momento hay también mercado para pequeñas

empresas. Se está dando ahora empleo e incluso autoempleo femenino, que es el que realmente fija la población en el territorio.

Ni Calamocha tiene en este momento la actividad industrial de Monreal, y cuando esté terminada la autovía, al rebajar los costes, incrementará la productividad de la inversión privada, y esto redundará en más riqueza en términos de PIB.

P.– Hiciste un master sobre Teruel en la Unión Europea, ¿crees que se está ayudando desde las administraciones a impulsar la provincia?

R.– Se está trabajando en esa línea, pero la verdad es que en Teruel las ayudas son más reducidas que en otras zonas deprimidas. El porcentaje máximo de cofinanciación comunitaria para las inversiones es mucho más reducido en las regiones del objetivo 5b como Teruel, que en las del objetivo 1, como Valencia. También tenemos el problema de que al haber poca población, hay pocas iniciativas empresariales; y además esas pocas que hay, reciben menos dinero.

P.– Pero el momento actual y el futuro de Monreal, sí que parecen favorables.

R.– Sí, sí. Y creo que se van a seguir creando empresas y negocios, que además dinamizarán el sector servicios. Ya tenemos el problema importante de que falta mano de obra, pero veo un ambiente favorable a que se instalen emigrantes, incluso de otras culturas muy diferentes.

P.– ¿El futuro en todo caso tiene que ser industrial?

R.– La economía de las sociedades avanzadas se caracteriza por un mayor peso del sector servicios, pero no de servicios tradicionales, con bajo nivel de productivi-



Pyrsa. Se está dando ahora empleo e incluso autoempleo femenino, que es el que realmente fija la población en el territorio...

dad, como el comercio o la hostelería, sino de servicios avanzados a las empresas que favorezcan su instalación. Esto significa que todavía nos queda mucho por recorrer para tener una estructura sectorial competitiva. Para ello debemos mejorar, necesariamente, la dotación en infraestructuras.

P.– ¿Piensas que la creación de la Comarca va a servir para esta mejora de servicios que señalas?

R.– Tendría que servir. Al menos para recibir subvenciones, sí que creo que va ser beneficiosa. Supongo que tendremos que esperar que la Comarca nos aporte algo más que la simple discusión de la doble capitalidad o rivalidad entre Calamocha y Monreal.

La modificación de las estructuras de la Administración debe producir resultados a medio y largo plazo.

“Hay hortalizas que se pueden producir mejor en Monreal que en las huertas de Almería o Zaragoza”.

Juan López (1981). Ingeniero agrónomo.

P.– Al hablar del pasado de Monreal es normal recordar la emigración, la instalación del agua corriente... cosas que para los más jóvenes no os deben decir nada.

R.– Sí que las relacionas con Monreal, pero es verdad que no es normal pensar “qué cambio ha sido tener agua”. Yo lo primero que diría de Monreal es que es mi pueblo.; sé que no es el más bonito ni el mejor, pero como es el mío, procuro buscarle las cosas buenas y creo que es un pueblo ya grandecico, que tiene futuro como centro de servicios si no se duerme en los laureles, porque para los pueblos pequeños la cosa está muy mal.

P.– ¿Crees que sigue siendo diferente nacer en un pueblo o en una ciudad, que se mantiene lo que se suele llamar vida de pueblo?

R.– Estoy convencido de que la infancia en un pueblo es mejor, y que los chicos salen más despiertos; ante los de ciudad tenemos que estar orgullosos de haber estado más en la calle y más en contacto con la naturaleza. Aunque sí me parece que cuando era más pequeño, estábamos más en la calle que ahora.

En las relaciones entre la gente, algo se está perdiendo, pero no tanto como puede parecer.

P.– ¿Y no ves carencias, de actividades, de posibilidades...?

R.– En pueblos más pequeños, sí; pero en Monreal puedes hacer casi de todo. Hay un montón de actividades y servicios; casi, casi, como en Teruel. Yo por ejemplo, estude aquí hasta la selectividad, y luego me fui a Valencia; lo mismo que hubiera hecho viviendo en Teruel.

P.– ¿Qué cambio supuso entonces pasar a vivir en la ciudad, durante la Universidad?

R.– Es distinto, porque en el pueblo te conoces con todos, y si tienes buen ambiente, prefieres estar. Lo bueno de la ciudad es que si te apetece, puedes ir sin ver a nadie; pero es más frío... Yo prefiero la tranquilidad del pueblo, pero teniendo una buena carretera, porque también hay servicios que sólo tienes fuera.

P.– ¿No crees que la juventud valora más las ciudades, sea por la oferta de ocio, de salir de fiesta, de trabajo...?

R.– La verdad es que la gente de mi edad, de un año más o menos, hemos sido más de quedarnos en el pueblo, y bastante seguimos; a lo mejor somos una excepción. Nos hemos ido un día puntual a Zaragoza o a donde sea; pero mi idea, y la de la mayoría de mis amigos, ha sido vivir en el pueblo o cerca.

Oportunidades de trabajo hay bastantes, y si te quedas aquí no tienes ninguna carencia respecto a la capital. Hay mucha gente joven que está viviendo en el pueblo, comprándose casas y con ganas de quedarse; puede tocarte ir a otro lado, pero interés hay.

P.– Así que consideras la situación del pueblo buena.

R.– La veo muy bien. Se puede estudiar hasta segundo de bachillerato, que es muy importante para el pueblo, estamos bastante bien dotados de servicios, hay trabajo, buen ambiente... Siempre se pueden demandar más cosas, como un local para las verbenas; pero no veo carencias. Por ejemplo, no tienes cine, pero Teruel está a treinta minutos y ahora se va, sin problemas; no es como hace años, que era casi una fiesta.

P.– Como ingeniero agrónomo, ¿cómo ves la situación de la agricultura?

R.– Monreal es el pueblo menos agrícola de toda la comarca de Jiloca, porque sólo hay agricultores a tiempo parcial; pero creo que la agricultura lo tiene bastante crudo de aquí a unos años si no se adapta. Hay posibilidades porque en Monreal están los pozos de los Ojos, que llevan cerrados quince años por problemas de legalización, pero tienen un montón de agua; aunque faltan apoyos a la gente joven que se quiera poner.

P.– Pero actualmente el cultivo es casi sólo la cebada, y por la subvención de la Unión Europea, ¿podría haber alguna alternativa?

R.– La PAC tiene un efecto perverso, porque al pagar para que no se produzca más, se carga la iniciativa y el tejido social. Si se paga lo mismo al que se preocupa, que al que sólo pasa un poco la sembradora, para qué vas a esforzarte.

Como profesional, estoy totalmente convencido de que hay hortalizas que se pueden producir mejor en Monreal que en las huertas de Almería o Zaragoza: coles, cebollas... porque se han hecho estudios. Pero lo que se necesita sobre todo es una empresa auxiliar que haga la transformación aquí y deje el valor añadido aquí: El negocio no es sembrar patatas, es meterlas en una bolsa y venderlas a veinte duros; pero tenemos agua, tenemos clima y tenemos condiciones. Sólo falta un empujón, no sé si de la iniciativa privada o de la Administración.

P.– ¿Te parece que se podría volver a extender el azafrán?

R.– Se han puesto en marcha ayudas ahora, cuando ya ha dejado de existir. Puede tener posibilidades, pero tiene un problema muy grave, que es la mano de obra. Se ha perdido durante años, y ese salto ya es muy difícil de recuperar.

En su momento, había que haberlo venderlo como el mejor azafrán del mundo, y no a bulto; porque si sólo se compete en el precio, el iraní te va a ganar. Pero es ya tarde.

P.– ¿Y respecto a la ganadería?

R.– Las granjas de ovino son casi todas viejas, y en quince años no va a quedar ninguna, en cuanto se jubilen los que las llevan. Las de porcino pueden continuar, como segunda actividad; pero se dan más ayudas para cualquier otro tipo de empresas que para modernizar las granjas.

P.– También es un obstáculo para desarrollar este sector, que ahora hay empleo suficiente en la industria...

R.– El problema es que la inversión viene del exterior y no tiene ningún apego especial por esta zona; si funciona la empresa bien, y si no, se cierra.

P.– ¿Quizá falta iniciativa?

R.– Sí que veo que se dejan pasar muchas cosas y luego nos quejamos. Nos gusta mucho protestar, pero luego no se hace nada.

P.– ¿Cómo ves las relaciones de Monreal y los pueblos cercanos?

R.– Creo que son buenas. Al estar aquí el instituto, ayuda a conocer a la gente de los pueblos vecinos, y los problemas con Calamocha, parecen superados.

Me gustaba mucho la fiesta de la mancomunidad, que fue creando una conciencia de unión, mejor que con la comarca tan grande que tenemos ahora. Creo que la mancomunidad, también funcionaba mejor.

P.– En resumen, ¿confías en el futuro de Monreal?

R.– Tenemos una situación bastante buena, que va a seguir aunque sea sólo por inercia. A más largo plazo, dependerá de lo que pase con la provincia, y de cómo evolucione la población, de si se consigue absorber parte de la gente de las ciudades o de si nos quedamos descolgados.



La instalación de empresas cárnicas es fundamental, pero también hay que ayudar a las granjas para que se modernicen...